



# DISTANCIAMIENTO EMOCIONAL:

## RASGO PSICOLÓGICO COMÚN ENTRE LOS ASESINOS EN SERIE Y LOS ASESINOS DE GÉNERO

JAIME GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ

*“Una cabeza humana tiene el volumen y el peso aproximado de un pollo para asar”* es lo que se le ocurrió pensar a Mary Roach para comenzar su libro titulado *“Fiambres. La fascinante vida de los cadáveres”*<sup>(1)</sup>, en el ejercicio que tuvo que hacer para poder distanciarse emocionalmente de la experiencia a la que decidió someterse, que no era otra cosa que participar en una situación en la que cuarenta cirujanos plásticos iban a practicar –en un curso sobre cirugía facial– con el mismo número de cabezas de cadáveres humanos.

A algunos les puede parecer una locura pero, efectivamente, el **distanciamiento emocional** es una habilidad o potencial que todos tenemos al nacer y que a lo largo de nuestra vida podemos aprender a desarrollar en mayor o menor medida, a pesar de que en un momento dado tengamos la sensación de que nunca nos vamos a poder enfrentar a cierto tipo de estímulos como son, por ejemplo, presenciar una autopsia en directo o acudir a un seminario sobre cirugía facial en el que se practica con cabezas diseccionadas de cadáveres.

En nuestros días, esta habilidad se ve influida poderosamente por los medios de comunicación y una de las consecuencias de este hecho es, precisamente, la desensibilización y, por lo tanto, el distanciamiento emocional ante cierto tipo de noticias como es, por ejemplo, el caso de la muerte de personas desconocidas. Así pues, ya no nos escandalizamos de los cientos de muertos que produce un atentado suicida en un mercado de Iraq. Este tipo de noticias sólo nos llaman la atención y perturban nuestra conciencia cuando se trata de niños, personas totalmente indefensas o bien personas conocidas –geográficamente cercanas– o a las que nos une algún rasgo característico.

En la actualidad, cualquiera tenemos acceso a contenidos violentos a través por ejemplo de las películas de género *gore* <sup>(2)</sup> o incluso los videos fantásticos o no –no se sabe muy bien– de tipo *snuff* <sup>(3)</sup>... aunque eso no es todo; también los juegos de las videoconsolas en los que, además de los adultos, los niños –los más vulnerables, no lo olvidemos– cultivan, practican y desarrollan conductas que se pueden considerar sociopáticas; y es que éstos, a diferencia de los adultos, no distinguen muy bien entre la realidad y la ficción e incluso, dependiendo de la edad a la que se enfrenten al videojuego, van a estar *asesinando* –de forma virtual, claro– a personajes de ese “entretenimiento” sin tener aún desarrollada la idea de la muerte en si misma, tal y como defienden las ya clásicas teorías del *modelado simbólico* de Bandura que proponía que **los niños aprenden de lo que les ocurre a ellos mismos como de lo que les ocurre a los personajes que les rodean, sean éstos reales o de ficción**, precisamente por la dificultad que tienen de distinguir entre unos y otros.

Estos niños –que se han educado a través de la pequeña pantalla, tanto de la televisión como del ordenador– con el paso del tiempo terminan convirtiéndose inexorablemente en adolescentes a los que además empieza a interesarles la sexualidad y, es probable, que sus primeras “clases de educación sexual” no las reciban de sus educadores, como sería lógico pensar, sino del sencillo acceso a la pornografía que existe en la actualidad; por lo que en muchos casos van a generar un concepto distorsionado e irreal de lo que es *normal* en sexualidad ya que, lo que muestra la pornografía, no retrata, en la mayoría de los casos, una sexualidad sana o positiva sino ficticia y teatralizada en la que en demasiadas oca-

siones se asocia la violencia, la degradación, la manipulación de las personas u otros seres, al placer sexual. A diferencia de otro tipo de géneros de ficción, como por ejemplo el *western*, donde un adolescente sabe perfectamente que el actor que interpreta al indio apache no se muere realmente cuando es derribado del caballo por el siempre acertado en el tiro vaquero de turno; sin embargo, es muy característico que los adolescentes –y, por desgracia, en muchas ocasiones los adultos– tienen dificultad en darse cuenta de que en la pornografía también intervienen actores y que, además, las conductas que se muestran no corresponden con un placer sexual real, igual que no es real la puntería del implacable vaquero.



*“(...) la pornografía provoca un distanciamiento emocional entre la persona que la consume y los individuos reales, ya que observa a éstos como meros objetos sin emociones (...)”*

Además, hay que tener en cuenta que en la pornografía existe un vínculo emocional fuerte entre el espectador y el personaje ya que en el primero se produce una excitación sexual real que en ocasiones provoca que cuando termina de percibir un contenido pornográfico intente descargar esa pulsión sexual; entonces, cuanto más violento sea dicho contenido pornográfico, más peligro se corre de que el espectador quiera emular estas conductas, teniendo en cuenta además que la pornografía provoca un distanciamiento emocional entre la persona que la consume y los individuos reales con los que esta persona se relaciona ya que, en su fantasía sexual, observa a estos individuos reales

como meros objetos sin emociones a los que se les puede exigir incluso que practiquen conductas que son aberrantes, pero que en la ficción pornográfica se representan como “normales” o placenteras.

El tema de la pornografía sería menor si no influyera de forma decisiva en el distanciamiento emocional y si no estuviera tan estrechamente unida la conducta sexual con la conducta violenta a todos los niveles; sobre todo, teniendo en cuenta que **en muchas ocasiones el comportamiento de los psicópatas se acompaña de conductas sexuales aberrantes como la violación, el abuso sexual, la necrofilia, etc.**

Precisamente, la adolescencia es el período en el que se producen las primeras uniones sentimentales y, si analizamos el proceso por el cual se unen en nuestra cultura la mayoría de las parejas –que Eduardo Punset <sup>(4)</sup> describe y que llamamos enamoramiento– vemos que cuando este proceso se desata, se producen una serie de acontecimientos que van desde la liberación de neurotransmisores y hormonas hasta la pérdida del apetito y el sueño, pasando por una serie de procesos cognitivos como la idealización de la persona enamorada, el deseo de compartir la mayor cantidad de tiempo y actividades junto a ella, la sensación de poder dejarlo todo y a todos para compartir el resto de la vida junto a esta persona y así una interminable relación de conductas que tienen una fuerza motivacional inagotable en el individuo que lo experimenta, hasta tal punto de que se llega a sentir que **la persona que es objeto de este proceso pertenece a quien lo siente** y pasa de ser un individuo a convertirse en un objeto mediante un proceso de cosificación del ser sobre el que se experimenta la emoción del enamoramiento.



Una vez que se ha producido ese hecho en el que comienza la distancia emocional con respecto a la persona amada y, después de que se calma la explosión pasional que produce el enamoramiento, se corre el peligro de experimentar una innumerable lista de frustraciones fruto del incumplimiento de las expectativas generadas anteriormente; lo que supone un caldo de cultivo para el florecimiento de la violencia que sustituye por completo a cualquier atisbo de amor y respeto. Así se comprueba cómo una de las características comunes entre los asesinos en serie y los maltratadores, asesinos de género o series de asesinos de sus parejas es que **se convencen a sí mismos de que sus víctimas les pertenecen y que éstas no son más que objetos que deben mostrarse sumisos a sus deseos y macabras intenciones, existiendo entonces la mayor de la distancia emocional posible entre ellos y sus víctimas** que les hace insensibles al dolor, el sufrimiento y la angustia que padecen éstas.

Entonces, el concepto de la distancia emocional es independiente de la teoría de la indiferencia hacia la víctima producto de la autoestima exagerada y el sentimiento de superioridad del agresor que propone Vicente Garrido<sup>(5)</sup> y, también, del lugar de control externo (LCE) que propusieron Rotter y

Murly en sus estudios sobre el aprendizaje social –donde los agresores perciben como culpables de la situación que ellos crean a las víctimas a las que someten– a pesar de que en muchos de los casos pudiera coincidir que el agresor además de considerar a la persona agredida como un objeto del que se siente emocionalmente distanciado fuera ésta la culpable de las agresiones a las que está siendo sometida, llegando a convencerse incluso las propias víctimas de que son merecedoras de la muerte.

Está claro entonces que en la explicación de la conducta de los asesinos en serie influyen muchas variables tanto internas como externas al individuo y que, en muchos casos, esas variables han sido sometidas a investigación y se han descrito de forma impecable por autores de reconocidísimo prestigio que todos conocemos, como es el caso de Enrique Echeburúa<sup>(6)</sup> o Marisol Donis<sup>(7)</sup>, aunque hasta ahora parecía que el único factor que unía la conducta psicopática con la del maltratador de género era la exposición a las conductas violetas en el hogar durante la infancia del agresor, pero que hay otros aspectos menos estudiados como es el caso de la distancia emocional que han de merecer en el futuro mayor atención de la que se le ha prestado hasta el momento. ■

*“(...) Llegando a convencerse incluso las propias víctimas de que son merecedoras de la muerte.”*

(1) Mary Roach.: *Fiambres. La fascinante vida de los cadáveres*. Global Rhythm. Biblioteca Maledicta. Barcelona, 2007.

(2) *Cine gore también conocido como splatter se centra en el género de terror y enfatiza y remarca los rasgos más viscerales que ponen en evidencia la vulnerabilidad del cuerpo humano a través de ataques físicos y mutilaciones.*

(3) *Se trataría de películas que despiertan la morbosidad del espectador al tratarse de grabaciones que mostrarían crímenes reales, a pesar de que en realidad no se sabe a ciencia cierta si se trata de actores que están simulando la muerte a través de efectos especiales.*

(4) Eduardo Punset.: *Viaje al amor. Las nuevas claves científicas*, Ediciones Destino, Barcelona, 2007.

(5) Vicente Garrido.: *Contra la violencia. Las semillas del bien y del mal*, Algar Editorial, Valencia, 2002

(6) Enrique Echeburúa.: *Personalidades Violentas*, Pirámide, Psicología, Madrid, 1994

(7) Marisol Donis.: *Hasta que la muerte os separe. Víctimas de la violencia familiar*, Espejo de la Tierra, Madrid, 2004.

**AUTORÍA  
DE ESTE ARTÍCULO:**

**Jaime  
Gutiérrez Rodríguez.**

Psicólogo clínico  
y profesor de  
Psicología Criminal.